



# Soy la abuela que vuela

Cuento original: Elaine Vilar Madruga

Ilustración: Minú Rao Díaz

**TASCHEN**

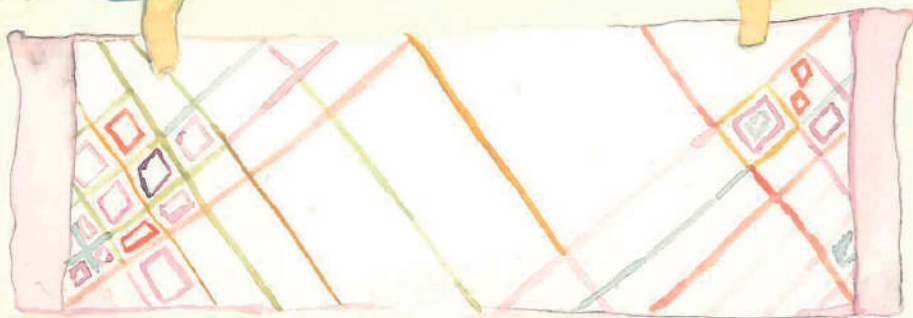
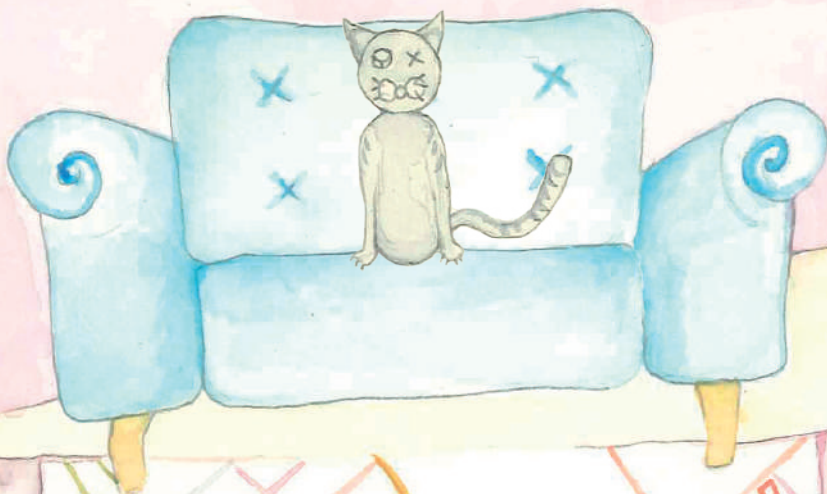






Me di cuenta de que algo  
andaba mal con mi abuela  
cuando le nacieron las alas.

Dos alas azules y larguísimas,  
en el medio de la espalda.





Se le salían por las mangas de la bata de casa. Mi abuela intentaba ocultarlas de los ojos de los vecinos, de mi papá, de mí y hasta del gato medio ciego que ella recogió, hace años, de un basurero.

Pero sus intentos de esconderlas eran inútiles. Las alas, persistentes, encontraban siempre un huequito en la tela para escaparse y volver a salir a la luz.

Cuando le pregunté: –Abuela, ¿qué te está pasando?–, ella me respondió muy lentamente, mientras me servía arroz con leche y canela:

–¿Qué me va a pasar, Olivita? Estoy un poco cansada, nada más.

–No, si yo lo digo por esas alas que tienes... – intenté protestar, muy débilmente, pero mi abuela me puso la primera cucharada de arroz con leche en la boca y volvió a decir:

–Boberías de vieja. Las alas se me caen ahorita mismo.



-Abuelita, que alas más grandes tienes - reí, y mi abuela abrió la boca como el Lobo Feroz del cuento y me contestó, fingiendo una voz de cavernícola:

-Para comerme a todas las niñas que se llaman Olivia...







Me volví su cómplice.

Todas las mañanas, antes de marcharme a la escuela, la ayudaba a vestirse y atrapar sus alas debajo de una red que ella misma había tejido para esconderlas.







-Ni se te ocurra decírselo a tu papá. Los doctores de hoy en día todo lo resuelven con pastillas, y yo estoy de brebajes hasta el último pelo -decía siempre, y luego me pasaba la mano por la barriga (yo me moría de risa), y me llamaba “gordita cosquilluda.”

Durante ocho meses, guardé aquel secreto mejor que el tesoro de un pirata en una isla desierta.





Fue entonces que descubrí que mi abuela había aprendido a volar. De un lado a otro de la cocina, mientras fregaba y hacía el arroz con leche. De un lado al otro de la sala, con el mando de la tv entre las manos, buscando su canal favorito.



Se había convertido en una  
especialista del vuelo.





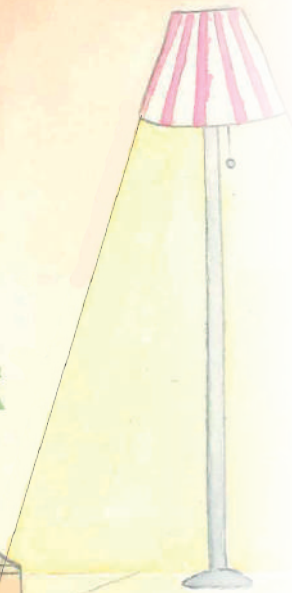


-Esto es lo mejor que he hecho nunca, Olivita -me contaba en voz muy baja-. No se lo podemos decir a tu papá.

Pero yo se lo dije.

-Mi abuela se está convirtiendo en pájaro.

-Olivia -respondió mi papá, que no cree ya en la magia y mucho menos en abuelas que se convierten en gorriones, en tomeguines o en negritos -, ve a hacer la tarea y no digas más mentiras.





-Pero, papa -protesté. Aquello era realmente injusto-. Lo que te digo es algo muy serio. Mi abuela se está convirtiendo en pájaro. Ya tiene alas, y vuela mientras hace el café con leche.

-Olivia, vete de castigo para tu cuarto. Tú sabes que no me gustan las niñas mentirosas.

Así que me castigaron.



Mi abuela me llevó al cuarto un platico con dulce y algunas galleticas.

-Te dije que no se lo dijeras a tu papá -me regañó en voz muy baja.

-Además, no me estoy convirtiendo en ningún pájaro, ni en mariposa, ni en insecto.

-¿Ah, sí? ¿Y en qué entonces?



Mi abuela me respondió, orgullosísima, mientras se arreglaba el pelo con una mirada de picardía:

–Voy a ser la primera abuela que se transforma en dragón.







Cuando me dijo aquello, me sentí Rapunzel, atrapada dentro de la torre y sin salida. Poco a poco, recordé todos los cuentos que había escuchado sobre dragones.

Aquellos bichos eran malísimos. Se pasaban el día volando de un lado al otro del mundo, echaban fuego por la boca, quemaban a las ovejas infelices y raptaban princesas. Mi abuela NO PODÍA estar convirtiéndose en un dragón de esos.

-Los dragones son unos bichos detestables -susurré categóricamente, mientras mordía la primera galleta.

-Ay, Olivita, no seas tan superficial. ¡Mira que tú eres una niña inteligente! -me contestó ella, y pasó una de sus manos sobre mi cabeza. -Los dragones somos...

-¿Somos? -casi grité. Mi abuela ya estaba pensando en dragonés. -Son, mima... Son.

-Los dragones somos -y remarcó aquella palabra como para indicarme que no se había equivocado la primera vez. -unas criaturas de lo más interesantes. La verdad es que los cuentos de hadas no nos han hecho justicia. Pero ya verás, Olivita, ¡te va a encantar tener una abuela dragón!

-Y el día que te levantes con hambre, ¿me vas a desayunar?

-Sí -rió mi abuela, mientras me hacía cosquillas.

-Una Olivia glassé con galleticas...





Y así pasaron los días.

Mi abuela fue cambiando poco a poco.

Por supuesto, nadie en la casa se daba cuenta, excepto yo, que la observaba cuando nadie lo notaba, y veía cómo mi abuela, en vez de caminar, comenzaba a flotar a ras del suelo.

Luego, se aprendió aquella canción que hablaba de dragones:



“Soy la abuela que vuela.  
La más grande de las  
dragonas de la cueva.”

La repetía todo el día, hasta el  
punto de volverme loca.

Que nadie diga que no intenté advertirle a papá, pero él nunca me hace caso. Cuando le comenté que mi abuela no se estaba convirtiendo en pájaro, sino en dragón, volvió a mandarme de castigo al cuarto con aquello de:

-Las niñas mentirosas duermen temprano.



Entretanto mi abuela dragona se transformaba cada vez más. Ayer me decidí a observarla a través de las rendijas de su cuarto. Mi abuela se estaba peinando en el espejo. Esa es una actividad aparentemente muy tranquila.

¡Pero no!

Mi abuela se peinaba una cola llena de escamas que recién acababa de salirle, mientras comía un plato de dulce de leche y coco, y cantaba aquello que decía:



“Soy la abuela que vuela.  
La más grande de las dragonas  
de la cueva.”





De repente, mi abuela dejó de mirarse en el espejo, abrió las ventanas del cuarto y saltó hacia el vacío.

-¡MIMA! - grité sin poder contenerme.

Abrí de un golpe la puerta del cuarto y me asomé a la ventana abierta de par en par.



Las alas de mi abuela brillaban en la noche. Su vuelo era lo más hermoso que nunca había visto, más que el arroz con leche y las películas de finales felices. Mi abuela dragona no parecía una criatura salvaje, sino una bolita con alas y cola que daba tumbos de un lado al otro del cielo, sin dejar de cantar:

“Soy la abuela que vuela.  
La más grande de las dragonas  
de la cueva”.



Sepan todos que hoy he decidido  
convertirme en la primera nieta dragona  
de la historia.

Ya me imagino cómo vamos a volar juntas,  
cogidas de las manos y moviendo las colas  
al unísono, mi abuela y yo.





Me imagino también cómo será ver el universo desde arriba, muy arriba, sin tener nunca miedo a caer.

Hoy, esta misma mañana, sentí cómo mis alas comenzaban a crecer en el medio de mi espalda.

–Abuela, ¡voy a ser la primera nieta dragona de todo el mundo!

Mi abuela me sonrió como siempre, me sirvió el café con leche del desayuno y, en voz muy baja, me dijo:

–Será nuestro secreto.



# Soy la abuela que vuela

Las aventuras de una super abuela con su nieta Olivia y un secreto bien guardado que al final no es tan secreto.



Cuento original: Elaine Vilar Madruga  
Ilustración: Minú Rao Díaz

ISBN 978-987-25620-2-1



9 789872 562021

**TASCHEN**

